

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

---

Año XXV

Enero-Febrero de 1948

Núms. 271-272

---

## Puntos de vista

### La cultura, actividad productiva

**L**A inclusión de un Item en el Presupuesto Ordinario de la República, destinado a proteger la Literatura, la Ciencia y el Arte, cristalizó muchos esfuerzos de escritores y artistas. Desde hacía varios años se preconizaba la idea de fundar un Consejo de Protección Literaria Artística y Científica, que sacara de su estagnamiento a la actividad más alta de la vida humana, perdida, en apariencias, en un país cuya sesuda y poco imaginativa clase dirigente, no había demostrado hasta entonces ningún interés por las actividades denominadas estéticas. Pero el desplazamiento de una nueva clase, formada a imagen y semejanza de aquella que dirigió los destinos de nuestro país y que obligó a un gobernante de genio a valerse de la noche colonial para cimentar nuestra realidad política y administrativa, hizo soñar a los escritores, artistas y hombres de ciencia que las modalidades regresivas cambiarían de súbito, ensanchándose hacia perspectivas de cultura y de progreso. No ha ocurrido así ciertamente y ya hemos escuchado en labios de elementos de clase media, de análoga formación social que nuestros escritores y artistas, voces enfáticas acerca de sus propias actividades productivas en la agricultura, en el comercio o en cualquiera profesión liberal, subrayando con prurito sarcástico, la diferencia que existiría entre el tipo de labores que determinó su figuración o riqueza, frente a la actividad puramente especulativa del sabio que consume su vida en la obtención de un nuevo planteamiento filosófico o técnico, capaz de variar todas las

actividades humanas o del artista situado en la noble altura desde la cual se puede sintetizar, en su grandeza y en su falencia, la estructura social contemporánea y abrir esclusas sorprendidas al espíritu humano y a la inteligencia que, felizmente, no ha fijado aún sus posibilidades de amplitud y perfección.

Sin embargo, casi ninguno de esos hombres altamente productivos a la sociedad, ha podido acumular una fortuna, ni disponer, por lo tanto, de ese conjunto de influencias que hacen grande en el seno de la sociedad que nos rige. Para un engordador de cerdos, un escritor, poeta, músico, pintor u hombre de ciencias abstractas no pasa de ser un ente intempestivo, incapaz de levantar su propio peso, ajeno a la dinámica de los trabajos productivos. Igual cosa pensará de un poeta, algún práctico de la medicina, de las leyes o de la ciencia de la construcción. Además, esos mismos artistas, incapaces, por lo general, de adaptarse a la realidad de las mayorías para triunfar en pugna con ella, hasta formarse una situación independiente; carentes de astucia, muchas veces, para flotar sobre el rápido torbellino sin renuncios a la vocación estética o científica; sin carácter para asumir con plenitud pequeñas responsabilidades cotidianas; sin cobardía moral suficiente para abandonar la vocación exclusiva que absorbe e infunde arrogancias, han mostrado al mundo objetivo que los rodea la tragedia de su propio desencanto. Y son avalanchas de ebrios, de torturados y desorbitados, de semi-delirantes, de hombres vencidos en suma, los que exhibe la sociedad como ejemplares típicos de la vocación artística. No puede explicarse de otro modo que el padre del muy eminente historiador y erudito chileno don José Toribio Medina, haya deseado que su hijo se dedicase a la política en vez de hacerlo a la investigación histórica predestinada como el arte a la pobreza, y que sólo la tenacidad de una vocación abrasadora, hiciera del señor Medina un hombre de estudio en todos los terrenos en que le correspondió actuar, antes de ser consagrado como una eminencia por los principales centros históricos del mundo. No resulta tampoco extraño que nunca, hasta la fecha, un escritor, un buro y

auténtico escritor haya obtenido la primera magistratura de la República y que al parecer, el mundo de la política, del arte y de la ciencia, se encuentren separados por un abismo insalvable, que hace de un poeta una mezcla de tanguista y de lunático, y de un hombre de ciencia. un sujeto excéntrico cuya insolvencia económica lo hace merecedor de vivir a la intemperie, mientras en su antigua residencia se instala un lenocinio de lujo o una taberna. Quizá si el fenómeno se debe a nuestra misma condición de países demasiado jóvenes, partes de un continente colonizado por las orillas, según dijo, con acierto, un gran poeta nuestro recién fallecido. Un continente de argonautas que todavía no se sacude de su historia convulsionada; modelada por caudillos más atentos a los fines que a los medios.

A ello se debe, sin duda, que un escritor chileno esté más cerca de un escritor español, francés, inglés o noruego que de un político chileno, compañero de colegio o de pensión. Los planos de la cultura no se conjugan en los países adolescentes con las esferas administrativas y políticas que rigen su mismo desenvolvimiento o estagnamiento, y, en la actualidad, se aprecia muy justa la apreciación de Pío Baroja de que los escritores deben adentrarse en la política cuando los políticos aprendan a leer. Pero nada se construye con afirmaciones cáusticas o displicentes. Urge que el escritor, el hombre de ciencia y el artista en general, se sitúen como elementos totales, en pleno goce de sus derechos y deberes en la sociedad donde viven; que no se considere la obra artística como polarizada frente a una realidad hostil que sea indispensable afrontar con progresivo masoquismo o con burla desencantada. Para ello, es indispensable recurrir a procedimientos que no miren un plazo urgido, lucrativo y terminante como es la crianza de un cerdo o la venta de un cosmético, es necesario fomentar con criterio de estadistas, la tarea inherente al escritor, al artista y al hombre de ciencia. Hacer que escriba, pinte o esculpa; que investigue o cree sin angustias, sin necesidad de transformarse en pirata o en misántropo, con tranquilidad física y económica, sin pensar que la

sociedad es una madrastra, cuyos palos diseñan obras hermosas y que es utópica o esterilizante una relación tranquila, consciente, equilibrada y sana. Después, cuando esa oferta tenga demanda, cuando un Rómulo Gallegos venda más de un millón de ejemplares de sus obras magníficas en su América natal, entonces podremos dejar al hombre superior, dueño de su oficio, en calidad de competidor hábil y asesor magnánimo de todos esos elementos que se autodenominan productivos, ignorantes de un Montaigne, de un Shakespeare, de un Cervantes, de un Giotto, de un Leonardo de Vinci o de un Einstein.

Con el ánimo de abordar la solución de este problema que, como puede verse, tiene una proyección más amplia de lo que abarca una ponencia administrativa o legislativa, la Sociedad de Escritores de Chile, el Sindicato de Escritores, la Alianza de Intelectuales, el PEN Club y la Cámara de Editores redactaron un proyecto de ley que creaba un Consejo de Protección a la Cultura, cuya función consistiría en seleccionar obras inéditas, comprometiendo su adquisición, una vez impresas, en un número no inferior a 500 ejemplares. Este modesto refugio a las angustias implacables del escritor evitaría que las obras originales se apolillarán en los cajones, sin ninguna posibilidad de salir a luz, perturbando hasta la misma iniciativa del artista para indagar hacia otros caminos estéticos. La moción de las Sociedades de Escritores obtuvo comprensivo apoyo de parte de los funcionarios del Ministerio de Educación don Julio Arriagada Augier y don Claudio Salas, quienes perfeccionaron el proyecto y lo convirtieron en un Decreto Orgánico que disponía el funcionamiento de un Consejo de Protección a la Literatura, la Ciencia y el Arte, el cual estaría integrado por un miembro de la Sociedad de Escritores, otro de la Biblioteca Nacional y un tercero del Ministerio de Educación y que giraría contra un ítem del Presupuesto Ordinario, ascendente a la suma de \$ 500.000.

En virtud de esta iniciativa, revolucionaria en nuestros hábitos de país estructurado por una timocracia vasca, terca y sin

imaginación, fueron muchos los autores que lograron la impresión o la adquisición de un libro valioso, algo que pudiera parecer absurdo a los auspiciadores del trabajo productivo, pero que significa todo un mundo, vencedor de plazos mezquinos, para los individuos verdaderamente cultos. Sin embargo, pasado un exiguo tiempo de ejercicio, grotescamente escaso para cimentar una obra constructiva, se ha considerado indispensable suprimir este Item del Presupuesto Ordinario de 1948 y dejar, en consecuencia, sin posibilidades de acción al mencionado Consejo, cuyos miembros acaban de presentar su renuncia.

Una vez más, el «trabajo productivo», el acto del francó tirador, ignaro del inventor del fusil, ha dañado los altos intereses de la cultura y de la ciencia. De nuevo se ahonda el abismo entre los que legislan o pretenden moldear la historia del país, y los que asumen esta última responsabilidad sin granjerías de ninguna especie, sin pueriles satisfacciones domésticas, desde las páginas de un libro artístico o científico; desde el volumen universal de una obra de arte.

No se trata, como podrá observarse, de plantear una queja, desde esta revista que viene afrontando el problema de crear una inquietud cultural desde el instante de su nacimiento y que puede exhibir con orgullo su generosa responsabilidad de esta índole, a través de varios lustros. Nos incumbe hacer razonar a nuestros hombres prácticos y recordarles que en países de prácticos y especialistas, como son los EE. UU. de Norte América, la condición de escritor, heroica en Ibero-América, significa una actitud profesional, digna y respetada, y que toda actividad fundamentada en los alcances más diferenciados del hombre, como son la sensibilidad y el pensamiento, requiere ser encauzada con ánimo progresista, mirando más allá de nuestra Plaza de Armas, aunque, en apariencias, tal conducta no ofrezca visos de constituir un lucrativo negocio.